

**OPERACIÓN CAPICÚA
(NOVELA CORTA)**

**F. J. GÓMEZ CADAVID
(KAPIZÁN)**

2011

Santuario de la Peña de Juaica. Territorio Muisca. Año 1441. d. C.

Con las primeras luces del amanecer, sobre la ladera oriental de la sagrada Peña de Juaica un grupo de siete indígenas muisca, encabezados por el gran cacique de la tribu, ataviados con vistosos trajes ceremoniales y portando bastones rituales con cascabeles en la cantonera, inician una danza mientras entonan cánticos y levantan los brazos extendidos hacia el cielo en actitud de alabanza al tiempo que mantienen la mirada fija en una nave extraterrestre que permanece en vuelo estacionario, unos veinte metros por encima del picacho de la mole de piedra.

A pocos pasos sentados en una roca, el anciano Guaricocha y su nieto observan al grupo de danzantes. El niño se vuelve hacia el viejo y en lengua muisca le pregunta:

— Abuelo, ¿por qué están danzando?— Guaricocha sonrío, se sienta sobre una roca, invita al niño a hacer lo mismo, lo toma de la mano y le responde:

— El cacique y el concejo están dando la bienvenida a los hermanos del gran Bochiká —, hizo una breve pausa y prosiguió:

— Debes saber querido nieto que ellos nos protegen y nos ayudan a mantener el equilibrio en estas tierras. El gran Bochiká vino del cielo para enseñarnos a cultivar el maíz.

Nave de la Confederación Intergaláctica de Planetas Habitados. Año de 1945 d. C.

En el interior de un amplio salón con paredes de cristal que dejan ver el espacio exterior, se encuentran reunidas ciento noventa y una parejas, conformados por pleyadinos, kordelianos, orphirianos, damarkinos y representantes de otras razas anatómica y fisiológicamente similares a los pobladores de la Tierra. Todos están cómodamente instalados en sillas reclinables que se alinean como un foro, alrededor de un enorme círculo de cristal que, cual pantalla gigante, permite enfocar lugares específicos de la galaxia y observar imágenes de acciones ocurridas en cualquier época pasada o en tiempo real.

Frente a los asistentes, sentados en sus respectivos tronos, se hallan el maestro Rondek, soberano de Las Pléyadas y presidente del Consejo Supremo de la Confederación; con Gunter, rey de Ophir, vicepresidente del consejo a su derecha; y Zastov monarca de Kordelia, jefe de operaciones, a su izquierda. De repente, el maestro Rondek, se pone de pie y dirige a las parejas unas breves palabras para darles la bienvenida y felicitarlos por haber sido escogidos entre más de diez mil voluntarios que habían acudido a la convocatoria, entusiasmados por participar en la Operación Capicúa. A continuación, el Maestro Rondek levantó los brazos, los extendió sobre el círculo de cristal que se encendió para que los asistentes pudiesen apreciar lo que en ese momento estaba ocurriendo en el Planeta Azul. En pantalla, se fue acercando la imagen de la Tierra hasta que se pudo apreciar una ciudad sobre la cual volaba un rudimentario aparato aéreo, de cuyo vientre fue arrojado un objeto cilíndrico que hizo impacto en el centro de la ciudad levantando una enorme nube que cubrió por completo la pantalla. El maestro Rondek explicó:

— En este instante, según el calendario y el huso horario de los terrícolas, son las 08:15 de la mañana del lunes 6 de agosto de 1945, y el aparato que ustedes vieron es un bombardero estadounidense que acaba de lanzar sobre la ciudad de Hiroshima la primera bomba atómica construida por el hombre, causando más de ochenta mil muertes en un minuto. A ésta seguirá otra bomba, que pondrá fin a una guerra mundial, la segunda que ha ocurrido en ese planeta en menos de treinta años. Se espera que a este suceso le siga un período de tensiones bélicas, entre naciones que vivirán los próximos años bajo la amenaza de una conflagración atómica que podría destruir el planeta azul, tal como ha sucedido en otros planetas en ésta y otras galaxias. El Consejo Supremo sabe que el próximo 21 de junio de 1948 comenzará en la Tierra la era zodiacal de acuario, hecho éste que marcará la transición de ese planeta hacia un nivel evolutivo superior que permitirá a los sobrevivientes de múltiples eventos, que sucederán desde ahora hasta el año 2012, iniciar una convivencia armónica como fraternidad apta para formar parte de la Confederación Intergaláctica de planetas habitados. Ahora bien, continuó Rondek, las 191 mujeres, de este grupo deberán abandonar sus cuerpos físicos para encarnar de padre y madre terrícolas, y nacer como tales el 21 de junio de 1948, cada una en la ciudad que escogieron en cada uno en los respectivos países que han venido estudiando.

Por su parte, los hombres permanecerán conformando un grupo especial de apoyo que sobrevolará durante los próximos años el planeta azul para cumplir misiones específicas que les serán comunicadas oportunamente, con excepción de Rakar, que tendrá a su cargo, a partir de 1969, la coordinación de un grupo de 10 ganimedianos que también nacerán en ese planeta como parte del plan general. Por razones de seguridad, las mujeres que nacerán en la Tierra mantendrán durante 44 años su conciencia trascendente adormecida; no así los ganimedianos, quienes conservarán la totalidad de su conciencia y sus capacidades mentales. Por último, debo advertirles que con ocasión del descubrimiento de la energía atómica en la Tierra, la otra fuerza, encabezada por los riguelianos, intensificará sus esfuerzos por apoderarse de este planeta que ofrece una variedad de especies animales y vegetales que no existen en Riguel; de hecho, tenemos información de que ellos comenzarán en los próximos años una serie de incursiones sobre el planeta azul para realizar experimentos genéticos con humanos y animales; además, sabemos que ya han logrado producir en el laboratorio riguelianos muy similares, al menos en apariencia, a los pobladores de la Tierra; también se ha sabido que la otra fuerza tiene previsto hacer pactos secretos con algunos líderes terrícolas, ofreciéndoles tecnología a cambio de facilidades para sus propios experimentos. El maestro Rondek hizo una breve pausa y le pidió al maestro Gunter que explicase a los asistentes la información que poseían sobre Riguel y los riguelianos. Gunter, un hombre rubicundo y fornido, como los habitantes de Ophir, de elevada estatura, barba y cabellos completamente blancos, ojos verdes y pómulos sobresalientes, se pone de pié y comienza su reporte en los siguientes términos:

— Riguel es un planeta habitado que orbita en una galaxia diferente a aquellas de las cuales provienen los planetas que conforman la Confederación Intergaláctica Espiral. A diferencia de los planetas de la Confederación — cuyos habitantes ya han alcanzado, como mínimo, el nivel evolutivo de convivencia en fraternidad, o el grado de organización social en que ha desaparecido el concepto de propiedad individual, con un gobierno mundial unificado —, los riguelianos, son gobernados por una junta militar dictatorial y despótica que mantiene esclavizada a la población y busca dominar otros planetas, comenzando con la Tierra, para apoderarse de una gran variedad de especies animales y vegetales que no existen en Riguel; sin embargo, este belicoso planeta, ha logrado un alto

nivel de adelanto científico, muy superior al de la Tierra y casi tan bueno como el de los planetas de la Confederación. Gracias a esa capacidad científica y tecnológica, tanto los dirigentes como el ejército rigueliano y el cuerpo de científicos, han modificado en el laboratorio su composición genética y han logrado un aspecto similar al de los terrícolas y los demás pobladores de los planetas que integran la Confederación. Los riguelianos dominan algunas técnicas rudimentarias de radiestesia y telekinesia, pero debido a su baja evolución espiritual — segundo nivel: predominio del ego, como en gran parte de la población terrícola —, no han logrado desarrollar la telepatía, con lo cual se colocan en desventaja respecto a Rakar y a los ganímedianos de la Operación Capicúa.

A continuación, el maestro Zastov — un hombre entrecano, de barba cortada en forma de candado, piel olivácea, ojos negros, nariz aguileña y facciones angulosas, en su condición de jefe de operaciones tomó la palabra para explicar a todos el cronograma de la Operación Capicúa, en tiempo calendario del planeta tierra; para el efecto, proyectó en pantalla la siguiente secuencia:

CRONOLOGÍA OPERACIÓN CAPICÚA

PRIMERA FASE: 1945 — 1948: Reunión informativa y temporada de descanso en Kayak, el planeta de los dos soles y las tres lunas.

SEGUNDA FASE: 1948 — 1981:

1948 El 21 de junio, nacerá en Medellín, de padres colombianos, Anayana y será bautizada Ana Milena Arango (AMA- capicúa). Ese mismo día nacerán el resto de mujeres de la operación en diversos países del planeta

1969 El 11 del 11 nacerán en la tierra los diez niños ganímedianos.

1981 Encuentro entre kasak y Anayana en Nueva Delhi, India.

TERCERA FASE 1982- 1991

Preparación de Anayana por parte de los ganímedianos nacidos en la tierra, para despertar a su conciencia trascendente y prepararse para su primer encuentro con Rakar. .

1991 El 02 del 02 encuentro de las 191 parejas.

El 11 del 11- nacimiento de los 191 niños capicúas

CUARTA FASE: 1991 — 2002:

Crianza de los 191 niños capicúas por parte de sus padres biológicos.

QUINTA FASE: 2002 — 2022

Inicia el entrenamiento de los 191 niños Capicúa, que tendrán 11 años, por parte de Kasak y sus nueve compañeros que ya tendrán 33 años.

ÚLTIMA FASE: 2022 — 2035

Inicia el proceso de integración entre los 191 adultos capicúas que asumirán los gobiernos en sus países y comenzará la integración de los países. En 2035, se establecerá el Gobierno Mundial Unificado; lo preside el hijo único de Anayana y Rakar que cuenta con 44 años.

Terminada la explicación del maestro Zastov, Rondek retomó la palabra y dijo:

—Para finalizar quiero indicarles que ustedes, como individuos espiritual y genéticamente complementarios, volverán a encontrarse en la Tierra en enero de 1991, según el tiempo de este planeta, y en cada uno de los países asignados, pues tendrán la misión de procrear los niños que guiarán a esa humanidad hacia el cambio; para ello deberán vivir y comportarse como padres biológicos, según las costumbres y la cultura de cada país, hasta el final de la cuarta fase en el año 2002. A partir de este momento y hasta la fecha en que comienza la Operación, ustedes dispondrán de un periodo de descanso disfrutando la mutua compañía en Kayak, el planeta de los dos soles y las tres lunas, a donde serán conducidos al término de esta reunión.

Mansión Leblanc en las afueras de París., verano de 1981.

A sus treinta y tres años Monique Leblanc — una de las 191 mujeres nacidas en la tierra, de padres franceses; como parte de la operación Capicúa, mantiene su conciencia trascendente adormecida —, es una mujer de cuerpo escultural, cabello negro ligeramente ondulado, ojos azules, rostro de facciones finas, nariz recta y boca mediana que luce una dentadura perfecta. Tras la muerte de sus padres, cinco años antes, heredó una considerable fortuna, una mansión campestre en las afueras de París, en donde vive sola, y un automóvil Mercedes Benz descapotable, de color rojo y modelo 75.

Con esa edad, se encuentra en una etapa muy productiva como actriz de teatro pues interpreta el papel protagónico de una obra que lleva dos años de funciones diarias en el Teatro Experimental de Montmartre. Dos días antes, conoció a Jack Tsi, atractivo y muy amable productor de cine taiwanés, quien la abordó después de la presentación de la obra y le preguntó si le interesaría el papel protagónico en una película de época en que representaría a la amante francesa de un emperador chino. La respuesta positiva fue inmediata, pues incursionar en el séptimo arte era el sueño de la joven actriz. Acordaron entonces reunirse para cenar después de la última función de la semana el siguiente sábado.

Esa noche después de cenar en un elegante restaurante parisino y tomar una botella de vino en un bar que presentaba un show con canciones de Edith Piaf interpretadas en vivo por una joven cantante, Jack la lleva hasta la mansión campestre; al llegar, ella le invita a seguir para tomar una última copa. Por el sendero entre el auto y la puerta, Monique avanza ligeramente ebria, apoyada en el brazo del oriental. Al cruzar el umbral, Jack aprecia el interior de una gran sala con poltronas clásicas de cuero de

napa capitoneada, alrededor de una enorme mesa de madera con cubierta de cristal, sobre la cual se destacan unas pequeñas esculturas talladas en mármol; en el extremo del salón observa dos escaleras laterales con pasamano de bronce que ascienden hasta un pasillo con balcón que da vista a la sala.

— debo tener más vino en el bar — murmura Monique en francés, al tiempo que toma la cara de Jack entre sus manos y le da un beso fugaz en los labios

— Suficiente vino por hoy, Monique ¿no te parece? — dice Jack en francés con marcado acento chino, al tiempo que pasa el brazo derecho por su cintura y en tono seductor agrega —: Mejor vamos a tu habitación.

— De acuerdo Jack, suficiente vino por hoy, Vamos a mi habitación — dicho esto, Monique pega su cuerpo al de Jack, rodea su cuello con los brazos y lo besa apasionadamente en los labios. Mientras responde el beso, el oriental la alza en sus brazos e inicia el ascenso por la escalera del lado derecho. Monique le sonrío nuevamente y empieza a quedarse dormida sobre el pecho de Jack, mientras este sube lentamente las escaleras... Al llegar al centro del balcón, camina hacia la baranda y lanza a Monique al vacío. La joven cae estrepitosamente sobre la mesa y muere en el acto, atravesada por un obelisco de mármol que adornaba el mueble. El asesino baja las escaleras con parsimonia mientras se acomoda la peluca de pelo negro, endereza la corbata y abandona la escena sin mirar atrás.

Nave del Maestro Rondek, verano de 1981

Una mañana a mediados de julio, Rakar es teletransportado desde su cabaña en la ladera oriental de la Peña de Juaica hasta el centro del salón de operaciones en el interior de la nave de comando del Consejo Supremo de la Confederación Intergaláctica. Allí le reciben el gran maestro Rondek y sus colegas Gunter y Zastov, alineados de pie frente a una mesa de conferencias equipada con una pantalla plana de forma cuadrangular. Una vez que la figura del comandante Rakar se ha materializado, los tres jefes se aproximan a él y le dan una cálida bienvenida con sendos abrazos. Con un gesto, el maestro Rondek les indica a los presentes que tomen asiento en torno a la mesa y sin más preámbulos, oprime un botón que activa la pantalla y todos pueden apreciar con nitidez la escena del crimen con un primer plano del cadáver de Monique atravesado por el obelisco de mármol.

— El cadáver que aparece en la pantalla — comienza diciendo Rondek — pertenece a Rina, una joven ophiriana, del grupo de las elegidas para la Operación Capicúa, que respondía al nombre de Monique Leblanc. Hemos identificado al autor como Kirog, uno de los secuaces de Dimag el jefe de los riguelianos infiltrados en la tierra —. Dicho esto, se vuelve hacia el jefe de operaciones y le pide que ponga al tanto a Rakar sobre la información obtenida por el servicio de inteligencia de la Confederación. Zastov inicia su explicación en los siguientes términos:

— A comienzos de los años 40 del calendario terrícola, cuando en el planeta azul se descubrió la energía atómica y comenzó a aplicarse con fines bélicos, los riguelianos vieron su oportunidad de emprender acciones en la Tierra y enviaron una nave espacial con un grupo de militares y científicos de la élite que habían logrado adquirir la

apariencia humana. Desde entonces, la nave estableció un laboratorio submarino en el Océano Atlántico a la altura del Polo Norte y ha logrado infiltrar con sus agentes — de ambos sexos —, a varios gobiernos corruptos, interesados en adquirir tecnología a cambio de permitirles la realización de experimentos genéticos con humanos y animales —. Zastov hace una pausa y le pide a Gunter que explique lo referente a la nueva fisonomía de sus enemigos, mientras comienzan a aparecer en pantalla algunas imágenes de los infiltrados.

— Físicamente — explica Gunter —, los riguelianos tomaron la apariencia de ciudadanos de la China Continental, pues los experimentos científicos fueron realizados durante la revolución popular de ese país, cuando algunos científicos de la China comunista les facilitaron su ejecución a cambio de información para mejorar la capacidad atómica del ejército. Por alguna falla en el procedimiento, los riguelianos que mutaron su aspecto originalmente ofídico a humano quedaron con algunas características defectuosas: carecen de ombligo, son totalmente lampiños y calvos; por esto último, en sus operativos, tanto hombres como mujeres, deben usar peluca; otro punto, aparte de que no son telépatas, que favorece su identificación y los coloca en desventaja frente a los hombres y mujeres de la Operación Capicúa —.

Concluida la explicación, el maestro Rondek puntualiza:

— Comandante Rakar se aproxima el primer encuentro con Anayana y los riguelianos comenzaran su persecución para eliminarla antes de la siguiente fase en 1991. Debe extremar las medidas de seguridad y preparar a sus discípulos ganimedianos para sortear con éxito cualquier interferencia —. Rondek hace una pausa se pone de pié coloca la mano derecha sobre el hombro de Rakar y agrega:

— Que la energía de los antepasados lo ilumine y lo proteja. Puede regresar a la tierra —.

— Se hará como ordene maestro — contesta Rakar en tono firme; inclina tres veces la cabeza en señal de respeto a los tres jefes y hace un saludo protocolario cruzando el brazo derecho sobre el pecho; acto seguido, su imagen se difumina para ser teletransportado de vuelta a la cabaña.

Nueva Delhi, viernes 17 julio de 1981

Relato de Lorena Montes:

“Conocí a Kasak en el verano de 1981 en Nueva Delhi, al término de una conferencia organizada por el Indian Institute of Parasichology. Tres cosas me sorprendieron sobremanera cuando él me abordó: La primera, que me llamara por mi nombre, Ana Milena, pues con excepción de mis padres, mis familiares más cercanos y muy pocos amigos, todos me conocen por mi seudónimo periodístico: Lorena Montes. La segunda, que me hablara en perfecto español sin acento, a pesar de que su indumentaria, sus facciones, el color de su piel y su cabeza rapada, evidenciaban un origen claramente Hindú. La tercera, que Kasak era un niño de 12 años.

Al oír mi nombre, pronunciado con tanta claridad en mi idioma natal — soy colombiana —, en labios de un niño indio, me desconcerté y sólo atiné a preguntarle, cómo era posible que supiera mi nombre. Sin darme cuenta, formulé la pregunta en inglés sobrecogida por un repentino nerviosismo.

— Conozco tu nombre y sé muchas cosas de ti —. Contestó el niño en español impecable, agregando con una amplia sonrisa que no logró tranquilizarme.

— Sé por ejemplo, que naciste en Medellín Colombia, el 21 de junio de 1948, a las dos de la mañana... justo el día en que comenzó, astrológicamente hablando, la Era de Acuario; que tu nombre completo es Ana Milena Arango; que eres periodista independiente, corresponsal de varias revistas americanas y europeas; que escribes sobre temas científicos y que últimamente, estás muy interesada en todos los temas relacionados con la percepción extrasensorial...

El sol comenzaba a ponerse y en ese momento su luz oblicua iluminaba un majestuoso templo Hindú, visible como a unos 600 metros de donde estábamos, a espaldas del niño, que en ese momento adquirió un perfil de contornos dorados, que me pareció místico y me infundió respeto.

Después de una breve pausa, el muchacho me miró directamente con sus ojos oscuros, penetrantes y limpios, levantó la mano derecha para dar énfasis a sus palabras y añadió:

—... Pero para mí, lo más importante es que tú eres “capicúa” y por tanto estas vinculada, en alguna forma, al cumplimiento de mi misión —. Esto último, lo dijo en un tono más pausado y sin perder la sonrisa, que en ese momento me pareció enigmática.

— Explícame por favor ¿Tú quién eres? ¿Qué es eso del capicúa? ¿Quién te envía? ¿Por qué me abordaste? — fue lo único que se me ocurrió preguntar atropelladamente, mientras encendía mi grabadora y un cigarrillo para calmar los nervios, francamente alterados por la serenidad y la seguridad que irradiaba este niño, que de pronto me pareció como un interlocutor no sólo adulto, sino también poderoso.

— Aguarda un momento —. Dijo, mientras salía corriendo detrás de un carrito de helados que pasaba en ese momento por la avenida. ¡Primer gesto infantil que mostraba su comportamiento!... en pocos minutos regresó saboreando un cono y exclamó:

— ¡Dátiles con yogurt, mi favorito!—. Se sentó en una banca, colocada a la orilla del parque que servía como escenario a nuestra conversación y se concentró en consumir lentamente su helado, con delectación, como cualquier niño de cualquier lugar del mundo. Cuando hubo terminado, se levantó, se limpió los labios con un pañuelo rojo, me tomó de la mano y me dijo:

— Vamos, te explicaré —. Retuvo mi mano entre las suyas, me miró directamente a los ojos, permaneció mirándome en silencio por un buen rato, soltó mi mano y empezó a caminar lentamente por la alameda, bordeada de frondosos árboles, a los cuales acudían decenas de pajarillos, como buscando sus nidos para pasar la noche que se aproximaba...

Le seguí en silencio por un buen rato. El paisaje era hermoso, apacible y la luz crepuscular le confería un ambiente tranquilizador pero al mismo tiempo surrealista; especialmente para mis ojos y para mi mente que no lograba captar lo que me estaba

sucedido, pero que gradualmente se iba calmando, mientras experimentaba la sensación de que me encontraba próxima a vivir una experiencia inolvidable.

Después de un tiempo, caminando en silencio, llegamos al centro del parque identificable por una glorieta marcada a su vez por un jardín de bellísimas flores de color rojo, en medio de unos arbustos hábilmente podados por un artístico jardinero que les había dado formas geométricas de rombos, triángulos y esferas. En mitad de la plazuela, como a cuarenta centímetros del suelo, una preciosa pileta de mármol contenía una fuente de agua, iluminada por focos interiores, que le daban un fantasmagórico contorno, en medio de esa noche que comenzaba para mí, en tan extrañas circunstancias.

Con un gesto natural de su mano derecha, el misterioso niño me invitó a sentarme en una de las bancas de madera, simétricamente colocadas en el borde exterior de la plazuela y permaneció de pie frente a mí. Sus facciones, dulcificadas por una hermosa sonrisa, resplandecieron con un brillo picaresco de sus ojos, cuando comenzó a explicarme:

— Mi nombre mundano es Jawaharbal Bahadur, pero mi nombre cósmico es Kasak y así deberás llamarme. Soy telepata, por eso leo en tu mente la pregunta, ¿Qué significa eso de nombre cósmico?

La sonrisa del niño, se transformó en una breve y ruidosa carcajada cuando vio la cara de asombro, que seguramente puse, al advertir que por mi mente acababa de pasar exactamente esa pregunta; por eso, su comentario me asustó un poco y me hizo experimentar la sensación de que la privacidad de mi mente podía ser invadida por la mente poderosa de este mozalbeta.

— No tienes de qué preocuparte por mi condición de telepata — dijo Kasak, colocándose su mano sobre el hombro derecho, como para calmarme y agregó —: Quienes hemos desarrollado este don, y tú algún día no muy lejano, lo desarrollarás; somos respetuosos en la comunicación telepática, pues no penetramos una mente sin pedir autorización a su dueño, en la misma forma en que tú no entras a un cuarto ajeno sin golpear antes la puerta. Si lo hice, fue para darte una demostración y no con el ánimo de asustarte. De todas maneras — agregó en tono cortés — discúlpame.

— De acuerdo — dije cada vez más intrigada —. Te disculpo, pero me debes muchas explicaciones. ¿No te parece?

— Por supuesto — dijo Kasak sentándose a mi lado —, comenzaremos por tu última pregunta, la que no te dejé formular.

Diciendo esto, se acomodó en el asiento, unió las manos frente al pecho formando un triángulo con los dedos pulgares e índices unidos por la yemas. Levantó la mirada al cielo despejado de verano, embellecido por una miríada de titilantes estrellas que daban una pálida claridad a la noche y producían, en conjunto con los olores silvestres, un ambiente de paz y de sosiego. Kasak, permaneció en silencio por unos segundos y luego de aspirar el fresco aire nocturno, comenzó diciendo:

— Todos los seres humanos, tenemos un nombre único, cósmico, universal, el cual nos es revelado cuando alcanzamos un nivel adecuado de evolución. Oportunamente conocerás el tuyo... ¿Quién soy? — Prosiguió Kasak — Lo podrás averiguar tú misma, visitando mi

casa, conociendo a mi madre y dialogando con ella o acompañándome a la escuela y hablando con mis profesores. Descubrirás, que en mi medio, me desenvuelvo como un niño normal. Pero eso, es sólo apariencia. En realidad, yo soy uno de los muchos seres, que han encarnado en la era de acuario, para conducir a la humanidad hacia una era dorada, en la cual reinen el amor, la paz, la belleza, la armonía y la opulencia. Entendida esta última, como la satisfacción plena de todas las necesidades, para todos los seres humanos...

Kasak hizo una pausa, como para observar el efecto que sus palabras habían producido en mí. Me miró fijamente a los ojos y prosiguió:

— Puedo revelarte que formo parte de un grupo integrado por diez niños y un maestro que nos dirige. Todos los niños tenemos exactamente la misma edad, pues nacimos el primero de enero de 1969. Estamos destinados a cumplir diferentes funciones en el proceso de preparar al mundo, a partir del año 2022, para una transición gradual que apunte a la conformación de un gobierno mundial unificado, de carácter espiritual y Teocrático, que surgirá después de la fusión ecuménica de todas las iglesias mayores de Oriente y Occidente.

Se nos conoce como los líderes, actualmente en formación, de la Operación Capicúa. Provenimos de una civilización más avanzada, que habita en el planeta Ganímedes de nuestro sistema solar, y decidimos voluntariamente abandonar nuestros cuerpos físicos, de edad muy avanzada, para encarnar en este planeta sin perder nuestro conocimiento y participar en esta misión, con el propósito de avanzar en nuestro proceso evolutivo individual. Aparte de nosotros, nacerán en la tierra, después de 1991, ciento noventa y un niños de ambos sexos, uno por cada país, que serán preparados a comienzos del próximo milenio, con el fin de ayudar a la humanidad a construir una nueva civilización...

— ¡Un momento! — Exclamé, interrumpiendo a Kasak, pues debo confesar que su extraña revelación me dejó perpleja — ¿Quieres decir que eres un extraterrestre?

— ¡Je, je, je, je! — se rió el muchacho y contestó —: Sí y no, je, je, je. Es difícil de explicar, pero lo intentaré.

— Cuanto antes mejor — dije, un tanto molesta por sentirme tan confundida -.

— Verás – dijo Kasak, al tiempo que se sentaba a mi lado y echaba la cabeza hacia atrás para mirar las estrellas —. Ganímedes es el satélite más grande de Júpiter y está habitado por nuestra civilización, desde que hace miles de años nuestros antepasados lograron evacuar Maldek, nuestro planeta original, que se desintegró en una violenta explosión nuclear en la cual perecieron millones de personas. En Ganímedes, conocido en la galaxia como el reino de Mu, ha logrado convivir armónicamente y por milenios, una sociedad que vive en el cuarto nivel de la evolución, que corresponde a la fraternidad.

— Entonces — intervine para clarificarme — ¿Esto quiere decir que los niños de la que tú llamas “Operación Capicúa”, han venido a trasplantar el sistema de vida de Ganímedes en la tierra?

— Yo no diría trasplantar — respondió Kasak —, sino adaptar lo esencial de nuestro sistema a un mundo pluricultural y multiétnico, como el de este planeta.

Kasak se detuvo frente a la avenida, me miró con una sonrisa que me pareció misteriosa y dijo, como si hubiese leído mi pensamiento:

— Sé que tienes infinidad de preguntas respecto a la revelación que te he hecho; sin embargo, por hoy es suficiente... ya es tarde y no quiero que mi madre se preocupe. Faltan tres días para que termine tu conferencia, toma este tiempo para decantar la información que te he proporcionado y el lunes cuando el sol se ponga, te espero en la fuente luminosa. Sin mediar palabra, se empinó un poco para darme un beso en la frente, dio media vuelta y se marchó dejándome con un torbellino de inquietudes en la mente.

Nueva Delhi, julio de 1981

El día de su primer encuentro con la periodista, el comandante Rakar — disfrazado y conduciendo una camioneta Blazer —, recogió a Kasak en su casa en la mañana para llevarlo a la escuela y prevenirlo sobre un peligro inminente:

— Los servicios de inteligencia de la confederación han detectado la presencia de riguelianos con aspecto de hombres y mujeres orientales calvos que pueden usar pelucas o barbas postizas. Esta tarde estaré frente al parque para recoger a Lorena y llevarla al aeropuerto pues se encuentra en serio peligro. Hace unos días, uno de ellos asesinó a Rina, una joven ophiriana nacida en París. A partir de ahora estamos en alerta máxima seguiremos en comunicación telepática permanente, y con el proyector de rayos verdes activado.

A las cuatro de la tarde del lunes 20 de julio, Kasak sale de la escuela con intención de dirigirse al parque, a su segundo encuentro con Lorena. A pocos pasos de la puerta, se detiene y recorre la vista en un ángulo de 180°, escudriñando las inmediaciones del establecimiento, para verificar si el área está libre de peligro. Observa que a media cuadra, en dirección a la avenida que desemboca en el parque, se encuentra la camioneta con el motor apagado y Rakar a bordo.

Al ver despejada el área, empieza a caminar hacia su destino, sobrepasa la camioneta de Rakar y a sus espaldas se abre una puerta de la que emerge una pareja de aparentes turistas chinos: él con pantalón y guayabera de lino, cubre su calva con una gorra deportiva y luce barba de candado; ella con shorts y camiseta, porta una cachucha y lleva la peluca recogida en cola de caballo.

— Te siguen Kasak — le advierte telepáticamente Rakar que ve a la pareja reflejada en el espejo retrovisor; y le ordena —: regresa con calma sobre tus pasos, sobrepásalos y echa a correr hacia el mercado. Escabúllete entre la gente, entrégale el sobre a Lorena. Yo estaré en el parque para protegerla.

Nueva Delhi. Lunes 20 de julio de 1981

Relato de Lorena Montes:

“El lunes al atardecer, equipada con la grabadora, una cámara fotográfica y una lista interminable de preguntas que me habían surgido durante el fin de semana, me encontraba en el mismo banco en el cual Kasak me había hecho las sorprendentes revelaciones que he transcrito en este relato. Sin poder controlar totalmente el nerviosismo y la ansiedad, esperé por espacio de una hora la llegada del muchacho... comenzaba a impacientarme, cuando una mano se posó sobre mi hombro y la voz de Kasak — hablando en inglés a mis espaldas — me susurró:

— Nos persiguen. Estás en peligro. Permanece quieta, no te voltees y recibe esta nota — dijo mientras deslizaba un sobre en mis manos y me ordenaba con un tono tan calmado y perentorio que me aterrorizó —:

— Levántate y camina hacia la avenida. Te seguiré a poca distancia para protegerte. Frente al parque encontrarás una camioneta azul estacionada. El chofer es de rasgos occidentales con gorra y mostacho, es colombiano como tú, se llama Alfredo — a partir de ese momento dejé de escuchar la voz en vivo de Kasak, pues éste continuó transmitiendo su mensaje, que me sonaba como una extraña resonancia en el cerebro —: él te llevará directamente al aeropuerto y te entregará un pasaje con destino a París. Tu cuenta de hotel ya fue cancelada y tu equipaje está en la camioneta —.

Cuando dejé de escuchar a Kasak, me volví en el preciso instante en que un hombre y una mujer de rasgos orientales se abalanzaban sobre el niño. Éste sacó un pequeño aparato similar al control de un televisor, proyectó un rayo verde en dirección a sus atacantes, que quedaron paralizados en extrañas posiciones y se desintegraron en segundos. Kasak se volvió, corrió para alcanzarme y ambos subimos a la blazer azul, cuya puerta había abierto Alfredo. Una vez a bordo, Kasak me advirtió:

— He recibido instrucciones de mi maestro en el sentido de que toda la información que te he proporcionado, debe mantenerse oculta. Dentro de diez años, en 1991, recibirás nuevas instrucciones para la fase siguiente de la Operación Capicúa. En el sobre encontrarás la lista de mis compañeros en la Operación Capicúa que estarán encargados de prepararte para la fase siguiente, su ubicación geográfica, su nombre mundano y el área en la cual apoyarán a la humanidad en este período crítico y peligroso de transición, está incluida en el sobre que acabo de entregarte.

— ¿Mataste a esa pareja?— Pregunté aterrada.

— ¡Je, je, je, je! — se rió Kasak y me aclaró —: Los ganimedianos no matamos a nadie; simplemente los teletransporté a la nave prisión de la Confederación. Allí estarán a buen recaudo e iniciarán un proceso de rehabilitación. ¡Je, je, je, je!

Mas tarde al despedirme de ellos, lejos estaba yo de imaginar que el mostacho de Alfredo era postizo; que él era el maestro y que su nombre completo Alfredo Muñoz Acosta, era como el mío, capicúa, por sus iniciales: AMA.

Interior de la nave submarina Rigueliana. Enero de 1991

En la sala de guerra de la nave rigueliana, el comandante Dimag con su alopécico cráneo brillando de sudor, con cejas postizas, luce su uniforme negro de cuello alto, con galones en los puños, charreteras doradas y seis hileras de condecoraciones, se pasea como un energúmeno frente a dos hileras de sus subalternos, doce hombres y seis mujeres — también uniformados de negro; unos con peluca, otros con bigotes o barba, y todos con cejas postizas o dibujadas con delineador —, al tiempo que grita enfurecido:

— ¡Atajo de imbéciles, ineptos, estúpidos! —. Respira profundo, baja la voz hasta convertirla en un susurro amenazante y agrega —: hace diez años, no solo dos de ustedes se dejaron desintegrar por un mocosito en Nueva Delhi; sino que no han podido eliminar a la Montes, ni en Dresde, ni en Lisboa, ni en ninguna de las otras ocasiones en que nuestro espía en la Confederación nos ha dado las coordenadas exactas de los encuentros entre la periodista y los ganimedianos de Rakar. De repente se detuvo, desenfundó su arma y con una pasmosa tranquilidad disparó contra dos miembros de su grupo: Un hombre y una mujer, que se desplomaron con el cráneo atravesado por sendos proyectiles.

— Estos tarados fallaron en Cali, no los desintegraron los ganimedianos, los fulmino yo, para que ustedes, los que quedan, aprendan la lección y no me fallen el próximo mes en Bogotá. Será la última oportunidad.

Mirador y restaurante en las afueras de Cali, mañana del 2 de febrero de 1991

Relato de Lorena Montes:

A las once de la mañana del 11 de enero de 1991 — casi diez años después de mi encuentro con Kasak, que había significado un cambio dramático en mi mentalidad y en mi vida —, capté en mi interior, como ya me había sucedido en oportunidades diferentes, una voz masculina y armoniosa que amablemente me ordenaba viajar ese mismo día de Cali hasta Bogotá y acudir, antes de las cinco de la tarde, al *lobby* del Hotel Tequendama, en donde recibiría nuevas instrucciones que me prepararían para mi primer encuentro con el comandante Rakar, Jefe de la Operación Capicúa en la Tierra. Por recomendación expresa de Kasak y motivos de seguridad vivía en Cali después de mi impactante experiencia en la India; estaba dedicada a investigar sobre una serie de tópicos relacionados con los temas de mi interés paranormal y metafísico, alejada por completo de mi actividad periodística y escribiendo sobre mi experiencia como periodista con miras a publicar un libro.

A pesar de que este encuentro me había sido anunciado cinco años antes en Alemania, la notificación telepática me produjo una sensación de logro similar, pero muy aumentada, a la que había experimentado el día de mi graduación como periodista. Comprendía que el despertar a la conciencia trascendente, anunciado por mis instructores, estaba próximo. Con una calma y una serenidad que a mi misma me sorprendieron, alisté el equipaje y me dirigí al aeropuerto para tomar el próximo vuelo hacia Bogotá, al tiempo que

mi mente evocaba los encuentros con los jóvenes, hombres y mujeres de la Operación, que para entonces deberían tener 22 años.

Mientras revisaba frente al espejo los últimos detalles de mi atuendo, no pude menos que sonreír complacida ante mi propia imagen, que se había detenido en el tiempo con la apariencia física que tenía a los 33 años cuando conocí a Kasak. Recordé que después de mi experiencia en la India durante el resto del año ningún hecho extraordinario había sucedido, ni había sido contactada, como lo anunciara Kasak. Un año después, el 20 de junio de 1982, antes de mi cumpleaños número 34, que había decidido celebrar en Ciudad de México, con unas breves vacaciones, fui abordada, a la salida de un cine, por una niña de trece años, tez morena clara, rasgos indígenas, ojos cafés, cara bonita, pelo negro lacio cogido con dos trenzas y atuendo simple: jeans, camiseta y tenis.

La jovencita, que respondía al nombre terrestre de Laura Lopera y al cósmico de Idanadi, era la encargada de desarrollar mis facultades telepáticas pues, según me indicó, ella sería la responsable de adiestrar en esa función a los 191 niños capicúa que habrían de ser sus alumnos después del año 2002; me dijo además que estaba en condiciones de aclararme cualquier duda sobre la información proporcionada por Kasak el año anterior. Al respecto le dije que había leído en el diccionario el significado de la palabra capicúa y se refería a cifras que se leen igual tanto de derecha a izquierda como de izquierda a derecha, tal como sucede en el juego del dominó.

— Nosotros incluimos en esa categoría lo que ustedes llaman palíndromos — me aclaró Idanadi con una sonrisa, y complemento —: por ejemplo, ANITA LAVA LA TINA; mi nombre y el de mis compañeros; las iniciales de tu nombre Ana Milena Arango (AMA) y lo que es más importante el nombres de Dios, según la Biblia: YOSOY, son capicúas. El capicúa es símbolo de perfección y de equilibrio. — La jovencita hizo una pausa como para comprobar si le estaba siguiendo, sonrió nuevamente y agregó:

— Ahora bien, en lo referente a las fechas, en el calendario terrícola, los años capicúa se han venido repitiendo cada 110 años desde el año 1001, en razón de los cuatro dígitos, excepto al final de milenio, pues entre el año 999 y el 1001 sólo hubo dos años de diferencia y entre 1991 y 2002 habrá 11 años de diferencia; pero el anterior a 1991 fue 1881, el anterior a este 1771 y así sucesivamente.

Después de sus explicaciones sobre los capicúas, Idanadi me sorprendió con el inusitado y maravilloso regalo de cumpleaños, que me dio: un pequeño cofre de oro con once pastillas que debería ingerir diariamente por igual número de días.

— Con estas pastillas — me explicó la muchacha —, lograrás mantener, indefinidamente tu cuerpo con la salud, la vitalidad y la apariencia de los 33 años; pues ésta es la edad de la madurez física y biológica del ser humano; que además, la puede preservar por centurias si se mantiene en armonía con sus semejantes y con la naturaleza, como sucede en Ganimedes, en Las Pléyades y sucederá a mediados del próximo siglo en la tierra...”.

Durante los años posteriores — en distintas épocas, en forma aleatoria e impredecible —, recibía un mensaje telepático que me anunciaba el próximo destino, escogido entre diversos lugares del planeta donde sería contactada por el siguiente ganimediano. Gradualmente fui aprendiendo a querer, admirar y respetar a estos muchachos a quienes comencé a considerar como mis verdaderos maestros. La culminación

de ese largo periplo, al parecer, tendría lugar esa tarde en Bogotá, según lo anunciado telepáticamente por la bien timbrada y armónica voz.

Recuerdo que llegue por primera vez a la Argentina, en una agradable mañana de marzo. Una semana antes había recibido la invitación telepática para viajar a Bariloche. Al día siguiente de mi llegada, salí a dar una vuelta por el centro de la ciudad. Al caer la tarde, curioseaba en una tolda de baratijas y me sobresalté cuando un adolescente de tez blanca, nariz aguileña, pelo castaño oscuro ensortijado y ojos cafés, se me presentó, en español, con marcado acento argentino, como Tessel — segundo en la lista que me había entregado Kasak —, y me invitó a dar una caminata hasta un restaurante cercano en donde podríamos hablar sin peligro de ser interceptados por los riguelianos.

Tessel me explicó que su función era enseñarme los detalles de la Operación Capicúa y que el tendría a su cargo el entrenamiento de los 191 niños — concebidos y nacidos en 1991 — sobre los niveles evolutivos; en ese sentido dijo:

—La formación de estos niños iniciará en el año 2002 a la edad de 11 años y se prolongará hasta el año 2022 para que, al cumplir los 33 años de edad, asuman los gobiernos de sus respectivos países y comiencen una transición gradual hacia la integración mundial, borrando las fronteras divisorias y depurando las instituciones para la nueva etapa, año 2035, en que el Planeta Tierra se constituirá en reino unificado y miembro de la Fraternidad Cósmica Universal.

Tessel me explicó que Rakar, el maestro director de su grupo, no era ganimediano, como ellos, sino pleyadino, y que como su civilización vivía en Las Pléyades bajo un sexto grado de organización social, poseía la sabiduría suficiente para orientarlos como asesor de quienes conducirán este planeta hacia ese cambio, que estaría precedido por una serie de catástrofes naturales, epidemias y guerras, que se extenderían hasta el año 2012. En esa fecha, los 191 jóvenes capicúa cumplirán 21 años y se iniciará para ellos la etapa en que comenzarán a escalar prominentes posiciones en sus respectivos países, hasta llegar a ocupar, en el año 2022, la primera magistratura en sus naciones; en esa etapa estarán asesorados permanentemente por los instructores ganimedianos.

Al preguntarle cuáles eran las características propias de cada grado de organización social, adoptó un aire académico y me explicó:

— En la comunidad de primer grado un grupo de individuos hace un esfuerzo común por alcanzar una meta definida; en la actualidad esto se da en la tierra en juntas de acción comunal o cooperativas en las cuales la integración es escasa y el beneficio, recibido individualmente, no se comparte. En las comunidades de segundo grado, además de tener una meta común en el campo socioeconómico, las personas se unen para trabajar solidariamente en una misma organización social; como es el caso de las cooperativas de trabajo asociado en las que se requiere un cierto nivel de educación comunitaria y un manejo adecuado de las relaciones humanas. En la comunidad de tercer grado, además de los elementos del segundo grado, las personas comparten el alojamiento permanente dentro del mismo sistema de su organización; tal es el caso de las comunidades religiosas y de algunas familias que han logrado organizar una actividad común dentro de su espacio familiar — Tessel hizo una pausa, tomó un sorbo de una bebida fría parecida a la avena que nos acababan de servir y prosiguió mientras yo garrapateaba apuntes sobre su explicación, pues las baterías de mi grabadora habían muerto y en la Kabul comunista no era fácil encontrar la reposición:

— En la comunidad de cuarto grado opera un sistema de economía común, en el cual sus integrantes no manejan los medios económicos en forma individual para atender sus necesidades personales, sino que éstos se suplen por medio de un fondo común a disposición de las necesidades generales. Esta comunidad, para su buen funcionamiento, requiere de un manejo muy estricto de acuerdo con las leyes de la armonía; especialmente en las normas de integración, participación y beneficios, que dicen: **“No debe beneficiarse quien no está integrado; sólo pueden integrarse los que sirven; sirve, quien hace todo lo que le corresponde aún antes de que se lo pidan”**. En este grado de evolución comunitaria también se requiere un adecuado nivel de conciencia, en el uso racional y razonable de la economía y de los elementos y medios que están al servicio de las necesidades comunes. La comunidad de quinto grado integra todos los elementos del cuarto grado y, además, elimina el sistema de propiedad individual de los medios materiales de trabajo. En este sentido libera al ser humano de la esclavitud de las formas de propiedad y le inculca una gran responsabilidad hacia el respeto por el bien común. En la comunidad de sexto grado desaparece totalmente y en todo sentido el concepto de posesión, y florece en todo su esplendor la hermandad; principio éste que iguala totalmente a los miembros de la comunidad aún en la relación de parentesco, pues padres e hijos se convierten en hermanos.

Investigando para mi libro había viajado a las islas griegas, a mitad del verano de 1984 y como a los tres días de haber llegado recibí la orden telepática de tomar un vuelo rumbo a Florencia en donde me entrevistaría con Ailia, que respondía al nombre de Sofía Benedetti y era el siguiente contacto en la lista de Kasak. El vuelo salió puntual, a las diez y treinta de la mañana; cuando se apagaron las luces de la cabina autorizando soltar los cinturones de seguridad, una jovencita que se encontraba dos puestos detrás del mío se puso de pie y se acercó a mi silla:

— Hola Lorena — dijo con naturalidad como si nos conociéramos de toda la vida, se sentó a mi lado y en español perfecto con un ligerísimo acento italiano se identificó —: soy Sofía y me encargaré, cuando llegemos a Florencia de explicarte mis funciones como instructora, que seré de los niños capicúa en todos los aspectos relacionados con el arte —. Ailia, era una joven quinceañera, esbelta, de tez blanca, con diminutas pecas sobre la nariz, pelo rubio cogido en cola de caballo y expresivos ojos verdes, sombreados por largas pestañas y muy bien delineadas cejas; vestía un pantalón café oscuro de lino, una blusa blanca de algodón y portaba una pequeña cartera del mismo color del pantalón.

Durante el viaje, Ailia sacó una libreta y comenzó a dibujar un escudo, que según me dijo era el símbolo de la Operación Capicúa. Mientras hacía los trazos me fue explicando el significado de sus componentes:

— Esta es una cruz gamada dextrógira — me aclaró —. Se diferencia del símbolo nazi que es levógiro en su sentido rúnico — repisó con el lápiz la cruz mientras me decía —: Como seguramente sabes una runa es una inscripción hallada en una roca y con un sentido simbólico entre los antiguos celtas. Cuando la cruz gira hacia la derecha significa evolución y cuando gira hacia la izquierda significa destrucción. Los nazis la recibieron con este último sentido y girando hacia la izquierda. Los resultados, la humanidad los conoce. Cósmicamente la fuerza de esta runa como símbolo es muy potente; por ello en la era que se aproxima el símbolo girará hacia la derecha, en el sentido evolutivo y de crecimiento que requiere la humanidad.

A continuación encerró la cruz en el interior hexagonal del símbolo comúnmente conocido como “Estrella de David” sobre cuyo significado cósmico me dijo:

— Esta estrella representa la unión de dos triángulos; uno superior que corresponde a la Tríada Sagrada que desciende hacia la humanidad y uno inferior que representa a la humanidad en su ascenso hacia la Tríada Divina. Ambas se juntan en el centro para formar la estrella sagrada.

En ese momento anunciaron el próximo aterrizaje en el aeropuerto de Roma en donde el vuelo haría una escala corta para continuar hacia Florencia. De su cartera, Ailia extrajo y me entregó un pasaje aéreo, diez billetes de cien dólares, unas gafas oscuras de marco grande y me indicó:

— El maestro Rakar me ha ordenado que desembarques en Roma y vuelas hasta París en Air France. Según me informó hay una concentración de riguelianos en Florencia que te busca para secuestrarte o eliminarte. Ponte las gafas y una pañoleta para disimular tu aspecto.

— ¿Por qué me persiguen específicamente a mí? — pregunté entre intrigada y asustada.

— Tú eres la más importante de las 191 mujeres elegidas. Tu origen, como el nuestro es extraterrestre. Por ahora no estoy autorizada para darte mayor información —. Acto seguido deslizó en mi mano un medallón de platino con el escudo de la operación capicúa en alto relieve.

Completamente anonadada por la revelación, no tuve mas remedio que bajar del avión, indicarle a la azafata que descendía en ese puerto, y dirigirme al mostrador de Air France.

En octubre de 1985 y bajo un aguacero torrencial llegué a Quito invitada por Augusto Otálora, un editor que había mostrado interés en publicar mi obra. En el aeropuerto me esperaban el señor Otálora en compañía de su esposa Violeta y de su única hija Inés. Habíamos hablado por teléfono y el me había ofrecido alojamiento en su residencia, una casa de corte moderno frente al parque de la Carolina a una cuadra de la Avenida Amazonas con Mariana de Jesús.

Al día siguiente, Inés golpeó a mi puerta en la mañana para ofrecerme un jugo de naranja y un café bien cargado.

— Sé que tu cuerpo y tu mente estaban pidiendo exactamente esto — soltó una breve carcajada y agregó —: En realidad lo leí en tu mente; ya conoces mi nombre mundano y a mis padres; mi nombre cósmico es Aya, soy la siguiente en tu lista y la encargada de desarrollar la espiritualidad en los niños capicúa y de reforzar ese aspecto en tu proceso de preparación.

Yo llevaba más de un año sin tener contacto con ninguno de los miembros de la Operación Capicúa y para ser sincera todavía me costaba entender que venía de otro planeta. Inés con su dulce aspecto de cholita, era una joven de tez cobriza, nariz pequeña, pelo lacio de un negro azabache que le llegaba a la mitad de la espalda y unos ojos negros que inspiraban confianza; tal vez por ello, le pedí que me explicara lo relativo a mi origen.

Aya permaneció en silencio por un buen rato y finalmente, para mi decepción, respondió:

— Todavía no estás lista; en su momento, lo sabrás. Por ahora, después de que cierres el negocio con mi padre, viajarás a Cuenca en donde poseemos una casa de montaña en las afueras de la ciudad. Allí iremos juntas y permanecerás un mes conmigo dedicada a desarrollar tus capacidades para manejar la respiración, aprender yoga y algunas técnicas que te ayudarán a encontrar el equilibrio entre mente, cuerpo y espíritu.

Al finalizar el mes que permanecí en la casa de montaña, reconocí que en mi interior y gracias a las enseñanzas de Aya se había efectuado un cambio que no podía definir. La ansiedad que eventualmente me llevaba a fumar había desaparecido. Abandoné para siempre el tabaco. Lo más curioso de ese período, es que durante las noches y en forma recurrente, regresaron unos extraños pero agradables sueños eróticos: me veía en compañía de un apuesto joven cuyo rostro no lograba ver. Cuando le pregunté a mi instructora por el significado de esas imágenes con las cuales había soñado años atrás en mi adolescencia, me contestó:

— A su debido tiempo comprenderás estos sueños que forman parte de tu realidad cósmica.— me dijo en forma enigmática.

En el invierno de 1986 recibí otro mensaje telepático en el que se me ordenaba viajar a la histórica ciudad de Dresde en Alemania, tomara un taxi y me apeara frente a un restaurante cuya dirección me indicó mi interlocutor. A las diez de la mañana con un hermoso cielo invernal en que brillaba el sol, llegué al restaurante de mi cita y me sorprendí pues en la calle del frente había un Mercedes Benz con el colombiano Alfredo, que permanecía a bordo en actitud vigilante. Cuando el taxi arrancó se detuvo frente a mí una motocicleta de alto cilindraje con *side car*, conducida por un joven fornido de elevada estatura, de tez rubicunda, incipiente barba rubia y ojos azules, luciendo traje de cuero y casco protector.

— Nos están siguiendo, sube al *side car* — me ordenó en español mientras tomaba mi pequeña valija de mano, la colocaba en el porta equipaje de su motocicleta y me entregaba un casco protector. Inmediatamente arrancó su moto y en menos de cinco minutos iniciábamos un ascenso por una carretera que se adentraba en un bosque de pinos.

De repente, por el espejo retrovisor, observé que, unos cien metros detrás de nosotros, una pareja de motociclistas nos perseguía; pero detrás de ellos el Mercedes conducido por Alfredo, a su vez los seguía.

— No te preocupes, Alfredo se encargará de ellos, dijo el joven mientras aceleraba la motocicleta antes de dar una curva que sacó de mi vista a nuestros perseguidores.

Media horas después, llegábamos frente a una casa de ladrillo con tejas de barro, rodeada por una cerca de piedra. Dos enormes perros pastores alemanes nos recibieron alborozados y se tragaron dos pedazos de salchichón que les ofreció el joven que en ese momento me tendió la mano y me dijo:

— Yo soy Franz Reichardt, mi nombre cósmico es Kennek. Bienvenida a mi país.

Kennek me contó que su función como instructor de los niños capicúas giraba en torno a la computación, al complejo tema de los sistemas y a la cibernética cuyo avance sería impresionante en las dos siguientes décadas. Para entonces yo manejaba un ordenador que en menos de dos años sería obsoleto; por esta razón, mi entrenamiento se hizo en aparatos similares a los que saldrían al mercado en los años siguientes.

En total, estuve dos meses y medio, hasta los primeros días de la primavera, viviendo en las montañas cercanas a Dresde, sometida a una especie de repaso sobre todos los tópicos que mis jóvenes maestros me habían enseñando en los encuentros precedentes; al final, antes de que Alfredo nos recogiera en el Mercedes, para trasladarnos al aeropuerto, Kennek me dijo durante el trayecto:

— Vamos por la mitad del entrenamiento que te preparará para despertar a tu conciencia trascendente; conocer el origen de tu preexistencia en otro planeta; y encontrarte con tu complemento espiritual. Esto sucederá exactamente el 11 de enero de 1991. En esa fecha las otras mujeres, elegidas junto contigo para encarnar en la tierra, se encontrarán con sus complementos, que actualmente sobrevuelan la tierra con su apariencia física normal. En los días subsiguientes, las parejas escogidas, engendrarán a los futuros líderes de sus respectivos países, que nacerán el 11 de noviembre de ese año capicúa.

A comienzos del verano de 1987 recibí, como en las ocasiones anteriores, la orden telepática de llegar a la casa de playa de la familia Pereira en las afueras de Lisboa, a pocos kilómetros de la capital. Me disponía a abordar un taxi que me llevara a mi destino, cuando el

conocido pero enigmático Alfredo, luciendo el mostacho y la gorra que le conocí años atrás en Delhi, me abordó:

— Buenos días señorita Arango — saludó en tono respetuoso y agregó —: desde la persecución que tuvimos por parte de los Riguelianos en Alemania, el comando de la Operación Capicúa ha dispuesto que la acompañe en sus siguientes encuentros para reforzar su seguridad; así que a partir de hoy seré su chofer y guardaespaldas —. Dijo mientras abría la puerta de una camioneta Blazer y me invitaba a subir en la silla del copiloto.

La voz de Alfredo era agradable y hablaba en tono pausado con buena entonación. Pese a que esas eran las primeras palabras que cruzábamos, me inspiraba confianza, y por ello me atreví a preguntarle:

— ¿Tu también eres ganimediano?

— No señorita mi origen es extraterrestre, pero vengo de otro planeta de la Confederación. En realidad soy uno de los 191 varones que permanecemos a bordo de la nave y eventualmente bajamos a la tierra para cumplir misiones específicas — contestó con naturalidad, se volvió hacia mí, me ofreció una amplia sonrisa y agregó con un gracioso gesto de la mano derecha —: como ésta ¡Ja, ja, ja, ja!

— ¿Han logrado los riguelianos, eliminar a alguna de las elegidas?— Pregunté para satisfacer una inquietud que me atormentaba desde hacía algún tiempo.

— Lamentablemente sí — Respondió con un dejo de amargura. Dudó un instante y agregó —: hasta ahora, han muerto tres que fueron brutalmente asesinadas; por fortuna otras tres que recibieron graves heridas de bala, lograron ser teletransportadas oportunamente a una base intraterrena que mantiene la Confederación en la Peña de Juajica. Allí disponemos de tecnología médica muy avanzada. Gracias a ello y a la prontitud en la evacuación, lograron ser atendidas y sanadas en forma rápida. Ante la muerte por supuesto, no podemos hacer nada. Además, los jóvenes ganimedianos han mantenido contacto con las elegidas, a razón de diecinueve para cada uno. Esto significa que al igual que tú las elegidas han logrado avanzar en aspectos como el desarrollo de la telepatía que ha sido muy útil para comunicar a sus instructores, el momento en que están siendo atacadas y se ha podido reaccionar a tiempo. El caso más reciente — me dijo en tono de confidencia —, es el de Idalia, una joven nacida en Moscú, bailarina de ballet que fue seducida por Kirog, el más eficiente de los asesinos de Dimag el jefe riguelianos. — Alfredo hizo una pausa como si hubiese cambiado su pensamiento y me dijo:

— Prefiero que esta historia se la cuente su anfitriona, Olivia Pereira, que aparece en su lista como Besseb; su casa de playa está a menos de cinco minutos de aquí.

— Y en cuanto a los riguelianos — insistí con mi curiosidad para aprovechar la buena disposición de Alfredo —, ¿Cuántos han logrado tele transportar a la prisión, como hizo Kasak en Delhi?

— La semana pasada completamos treinta. Están muy debilitados, pero lejos de ser neutralizados por completo. Concluyó Alfredo, en forma contundente, al tiempo que detenía la camioneta frente a una preciosa cabaña de ladrillo y teja de barro a pocos metros de una playa privada, sobre la cual golpeaban rítmicamente las suaves y refrescantes olas estivales —. Hizo otra pausa y agregó —: De hecho, seis de ellos fueron neutralizados desde la nave de la Confederación, al ser detectados merodeando su casa en Cali, con intención de ingresar.

Tan pronto nos detuvimos, salió a recibirnos Olivia con una sonrisa de bienvenida y me dijo:

— Pasa adelante Lorena, o ¿Prefieres que te llame Milena?, estás en tu casa.

— Gracias Olivia, a pesar de que ya no hago periodismo me acostumbré al seudónimo; prefiero que me digas Lorena. En ese momento escuché el ruido del motor y al volverme vi el rostro sonriente de Alfredo que se despedía con un gesto de la mano derecha.

Besseb era una joven atractiva de pelo rojizo, tez bronceada por el sol de la playa, nariz breve, cuerpo muy bien formado y ojos de un azul cobalto con un destello de picardía en la mirada;

vestía minifalda de algodón, camiseta sin mangas y sandalias de cuero. Cuando ingresé a la acogedora sala de la cabaña, me ofreció una cómoda mecedora de mimbre y un exquisito jugo de frutas. Una vez acomodada, y calmada la sed, la chica se sentó frente a mí y me dijo:

— Leo en tu mente que quieres conocer la aventura de Idalia, una de mis alumnas en la operación capicúa ¿Me equivoco?

— Para nada. — contesté con naturalidad pues ya me había acostumbrado a que los chicos ganimedianos leyesen mi pensamiento. La joven sonrió e inició su relato:

— Idalia baila en el ballet de Moscú y un día al término de una función fue abordada por Jack Tsi, un apuesto taiwanés que le ofreció un papel como bailarina en una película de la cual era productor. De esa farsa se valió, para seducirla y llevarla a la cama. Las circunstancias se dieron en tal forma que el hombre la llevó a su habitación; mientras la besaba, ella le quitó la camisa y se sorprendió al percatarse de que él no tenía ombligo. Como había sido advertida sobre esta característica fisiológica de los riguelianos, actuó impulsivamente separándose del hombre y arrojándose por una ventana del primer piso en que se encontraban. Intentó huir, pero, Kirog disparó una pistola con silenciador y ella recibió dos impactos de bala en la espalda. Cayó herida pero me envió un mensaje telepático de auxilio. Lo retransmití a la nave de la Confederación e inmediatamente fue tele transportada para ser atendida en el laboratorio intraterreno de la Peña de Juaica.

En total permanecí dos meses en la casa de la playa, hasta que las aguas comenzaron a enfriarse anunciando el final del verano. En ese período Besseb me enseñó como en las civilizaciones que han logrado vivir en fraternidad con un cuarto o quinto grado de organización social, son muy importantes la música, el canto y las danzas sagradas. En ese sentido mi aprendizaje durante ese tiempo fue muy placentero y relajante. Unas auténticas vacaciones.

A comienzos de julio del año 88, casi un año después de mi encuentro con Besseb en Lisboa recibí, como en años anteriores, instrucciones telepáticas pero un tanto diferentes: se me anunciaba que en dos horas Alfredo me recogería en mi casa de Cali y me trasladaría al lugar del encuentro con el ganimediano que continuaba en mi lista; se me pedía que llevase equipaje con ropas apropiadas para el trópico. Ese detalle me sorprendió pues según me había informado Kennek, sobre el lugar de los futuros encuentros, a esa altura estaban pendientes Otto en Atenas; Assa en Montevideo, y Gamal en El Cairo, antes de mi encuentro final con el comandante Rakar, cuando se me daría la última información sobre mi nombre cósmico y el origen de mi preexistencia extra terrestre; además, despertaría por completo a mi conciencia trascendente.

— Buenos días señorita Arango — fue lo primero que me dijo Alfredo por entre el poblado mostacho, que ocultaba su sonrisa, en el tono amable y respetuoso que solía utilizar haciéndome sentir ligeramente incómoda; era como si quisiese guardar cierta distancia entre nosotros ; por eso me atreví a preguntarle:

— ¿Por qué no me llamas Lorena, como hacen todos?

— No lo sé señorita, no me sale — respondió con naturalidad y sin más explicaciones, mientras tomaba mi equipaje y se encaminaba hacia el taxi que nos esperaba frente a mi casa. Abrió la puerta de atrás, me invitó a seguir, guardó la valija en el portaequipajes, se acomodó al lado del chofer y le ordenó:

— Al aeropuerto, por favor.

Media hora después, me encontraba como única pasajera, a bordo de un avión privado Lear jet 35, con capacidad para nueve pasajeros, piloteado por un joven desconocido y con Alfredo como copiloto. Al tomar altura, el aparato enrumbó hacia el océano pacífico, al oriente de Cali. Cuando sobrevolábamos el mar y la costa había quedado a nuestras espaldas, Alfredo, se levantó de su silla, se sentó a mi lado y me explicó:

— Nos dirigimos a una isla privada en el pacífico, en donde, desde diciembre del año pasado, funciona la sede de la Operación Capicúa y reside Hermes Mackarious, tu próximo contacto que responde al nombre cósmico de Otto. Precisamente él pilota la nave que perteneció a su padre, un magnate griego que falleció en un accidente automovilístico, junto con su esposa, a fines del año pasado —... en ese momento el aparato entró en área de turbulencias y Alfredo regresó a su puesto de mando al lado del piloto.

Minutos más tarde, al volver la normalidad a la cabina, quien se sentó a mi lado fue Otto: un apuesto joven de tez blanca, nariz recta, pelo castaño claro, ojos cafés, barba incipiente y mediana estatura que lucía guayabera bordada de lino, pantalón de dril blanco, zapatos del mismo color y se cubría con un sombrero ecuatoriano de paja toquilla blanca con cinta negra. Su área de actividad, según me explicó, giraba en torno a ciencia, especialmente física cuántica, radiestesia y telekinesia, como áreas de entrenamiento para mí y de posterior capacitación para los niños capicúas a partir del año 2002, cuando se iniciara su preparación académica por parte de él y sus nueve compañeros ganimedianos.

Otto, permaneció a mi lado un buen rato mientras Alfredo mantenía el rumbo de la nave; en ese tiempo me contó que al morir sus padres él había heredado su fortuna y la propiedad de esa isla. Sabiendo que el comando de la Operación tenía previsto construir una sede de operaciones y disponer de un lugar apropiado para entrenar a los niños capicúas, había propuesto, y le habían aceptado, adaptar la casa y las demás instalaciones existentes en la isla, para tal fin; además, el comando había considerado que por razones de seguridad la isla era más apropiada para mis últimos encuentros preparatorios con los ganimedianos pendientes en mi lista.

Al llegar a la isla, Alfredo se despidió de Otto, se volvió hacia mí, y me dijo:
— Voy a la nave de la confederación en dos meses regreso por usted, que disfrute su permanencia; hasta luego señorita Arango — dicho esto tomó un pequeño aparato en la mano, oprimió un botón, su cuerpo fue cubierto por un rayo violeta y desapareció de nuestra vista.

La mansión que había pertenecido al padre de Otto, era una enorme propiedad de un solo piso, pintada con cal blanca y con terrazas de estilo griego en lugar de techo. La casa era atendida por un mayordomo filipino, su esposa y sus dos hijas, quienes habían servido por espacio de dos décadas a los padres de Otto. Según me explicó mi anfitrión, en los próximos años pensaban construir cabañas con capacidad para ocho personas, en número suficiente para albergar a los niños capicúa; además se construiría un gran salón de conferencias cubierto por un domo transparente que sirviese como observatorio astronómico.

A partir del día siguiente, en las mañanas tenía interesantes conversaciones en las cuales, en forma sencilla, Otto me transmitía los fundamentos de la física cuántica; en las tardes alternábamos prácticas de radiestesia y telequinesia. La primera mediante manipulaciones con el péndulo, las varillas y la horquilla; con esto aprendí como ampliar la capacidad de mi cuerpo para la magnetorecepción, especialmente en la búsqueda de minerales subterráneos. La segunda para desarrollar mi habilidad de mover a distancia objetos con el poder de la concentración mental.

Un buen día, terminado mi período de entrenamiento, conversaba con Otto cuando en nuestra presencia se materializó la figura sonriente de Alfredo. Media hora mas tarde sobrevolábamos el pacífico de regreso a Cali.

Al año siguiente, 1989, se repitió en igualdad de condiciones el vuelo hasta la isla para mi encuentro con la uruguaya Rosalía Fernández, una atractiva joven de veinte años que respondía al nombre cósmico de Assa. En esta ocasión los pilotos volvieron a ser Otto y Alfredo; sólo que

regresaron ambos en el avión y me dejaron en compañía de mi nueva anfitriona. Assa resultó ser una encantadora jovencita de tez blanca, nariz recta y pequeña, pelo castaño oscuro, ojos cafés, y cuerpo muy bien formado; vestida con shorts, camiseta sin mangas y sandalias de cuero. Su área era la sexualidad y el control de la energía vital.

Con ella aprendí la importancia que se le debe dar al manejo de la energía sexual que, según me explicó, es indispensable para la salud física y mental del ser humano. El propósito de su entrenamiento, era darle al acto sexual el carácter de ritual, mediante el cual un hombre y una mujer se complementan espiritualmente a través de la unión física de sus cuerpos. Ella me enseñó una serie de técnicas amorosas en que se combinaban diferentes posiciones eróticas con el uso de la respiración rítmica y profunda. Para el efecto utilizó una serie de proyecciones tridimensionales y holográficas de diferentes parejas en distintas formas de practicar rituales de amor.

La principal conclusión que obtuve de mis sesiones con Assa es que las técnicas sexuales sobre las cuales me ilustró tienen como componente sustancial lo que en oriente se conoce como sexo tántrico, en el cual el control de la eyaculación es muy importante por parte de los hombres.

El último ganimediano de mi lista respondía al nombre cósmico de Tabat y al mundano de Gamal Hassan, nacido en El Cairo. El viaje a la isla se realizó a mediados de agosto de 1990, igual que en los años anteriores, sólo que en esta ocasión el piloto fue Gamal y el copiloto Alfredo, quien como la primera vez, fue teletransportado desde la pista de aterrizaje de la isla hasta la nave de la confederación. Tabat, un hombre de contextura atlética, estaba ataviado con traje color caqui de dril de dos piezas tipo safari y sombrero australiano, cuya amplia ala le daba sombra a su rostro de tez cobriza, nariz aguilina, bigote delgado, ojos negros y pelo castaño oscuro.

El área de entrenamiento a cargo de Tabat era la nueva tecnología extraterrestre que se estaba preparando en un laboratorio intraterreno en la Peña de Juaja. Con él aprendí que la confederación había desarrollado un aparato denominado “separador molecular” para ser usado en combinación con un “rayo antigravitacional”; según su versión, esos dos aparatos serían utilizados para movilizar objetos o construcciones entre un lugar y otro; en sus palabras:

— El separador molecular, desprende la masa de su base y con el rayo antigravitacional, se desplaza para situarlo en otro lugar; es la misma metodología que mis antepasados extraterrestres utilizaron en la construcción de las pirámides en Egipto y en tierra de los Mayas.

Resultaba obvio que la humanidad no estaba preparada para utilizar ésta tecnología; basta imaginar que podría hacer un criminal con el separador molecular y el rayo antigravitacional. Cosas tan locas como mover el edificio de la Casa Blanca a un punto indeterminado en mitad del desierto de Arizona.

Otro de los avances científicos disponible en el laboratorio intraterreno, era un “restaurador molecular”, con el cual en cuestión de segundos se pueden reconstruir tejidos humanos destruidos, como en el caso de la joven elegida que resultó herida de bala. Con él también aprendí que para la teletransportación se usa un pequeño aparato, similar al control de un televisor que emite dos rayos: uno de color verde que paraliza a cualquier agresor antes de teletransportarlo a la nave prisión de la Confederación; y otro de color violeta que utilizamos para teletransportarnos desde cualquier sitio, a la nave que sobrevuela la tierra o al laboratorio intraterreno.

Terminado mi entrenamiento con Tabat, regresé a Cali con la sensación del estudiante que termina las materias y debe esperar un tiempo para su graduación.

Hotel Tequendama de Bogotá, 2 de febrero de 1991

Relato de Lorena Montes:

Alrededor de las cuatro y media de esa tarde, me bajé de un taxi frente a la entrada principal del Hotel Tequendama; al traspasar el umbral de la puerta nuevamente resonó en mi mente la misma voz, que me había dado el mensaje telepático en la mañana. En tono alegre me decía:

— Bienvenida a Bogotá, como verás yo he cambiado mucho en el aspecto físico pero tú sigues siendo tan hermosa como el día en que te conocí. Je, Je, Je —. No pude evitar una carcajada mientras buscaba con la vista a mi interlocutor telepático. No tardé en identificar a Kasak, que en ese momento se levantaba de una poltrona, seguido por la bella mujer de 22 años en que se había convertido Idanadi.

Kasak iba elegantemente vestido con un traje gris claro de tres piezas, camisa blanca de algodón y corbata de seda azul oscura; su rostro moreno lucía una bien cortada barba y estaba tocado por un turbante también azul oscuro, que le daban la apariencia de un elegante diplomático indio. Después de los correspondientes abrazos, Kasak nos invitó a seguirle hasta la *suite* que compartía, desde el día anterior, con Idanadi, en el último piso del hotel.

Una vez allí, Idanadi ordenó por teléfono un servicio de té y galletas, indicándome, esta vez en lenguaje verbal, que después de tomar el té deberíamos ponernos ropas cómodas: a las seis de la tarde emprenderíamos camino hacia el vecino municipio de Tabio, en donde mi alojamiento estaría en una cabaña a los pies de la conocida Peña de Juaiuca, y que allí sería preparada para mi encuentro con Rakar, esa misma noche.

A las seis de la tarde un botones golpeó a la puerta, que Kasak se apresuró a abrir:

— Señor Bahadur, el campero que ordenó está disponible en el área de parqueo del hotel —. Quince minutos después Idanadi tomaría el volante con Kasak en el asiento del copiloto y yo en la parte posterior del vehículo, giraría hacia el norte para tomar la Avenida Caracas rumbo a la Autopista Norte y al encuentro más importante de mi existencia.

Autopista Norte, Bogotá, atardecer del 2 de febrero de 1991

Relato de Lorena Montes

El vehículo tomó la avenida Caracas hacia el norte, hasta el comienzo de la autopista en el monumento a los héroes de la independencia. Más adelante a la altura de la calle 85, pude ver a través del espejo retrovisor del lado derecho, el mostacho inconfundible de Alfredo que nos seguía al volante de una camioneta Blazer. Su presencia contribuyó a calmar el temor natural que me producía la advertencia hecha por Kasak de que los riguelianos podrían tendernos una emboscada.

Al llegar al peaje de la autopista norte, miré por el espejo retrovisor y pude ver el momento en que el tronco de un árbol caía entre el parachoques de la camioneta que

conducía Alfredo y la parte posterior de nuestro campero que en ese momento paraba al lado de la taquilla de cuyo interior salió un ráfaga de la subametralladora Uzi que empuñaba un rigueliano. Alcancé a distinguir los pies de la cobradora que yacía, en el suelo, en medio de un charco de sangre. Idanadi fue alcanzada por las balas, perdió el control del vehículo y su cabeza cayó reclinada en el hombro de Kasak. Éste tomó el timón con la mano izquierda, frenó el vehículo con el pie del mismo lado y tuvo tiempo para lanzar el rayo verde y neutralizar a otro rigueliano que se aproximó disparando por el lado derecho. Alfredo, descendió de la camioneta y saltó por encima del tronco, corrió hasta la cabina del campero tomó en sus brazos a Idanadi, activó el rayo violeta que los cubrió y ambos se esfumaron ante mis ojos.

En segundos, Kasak ocupó el asiento del conductor y lanzó el vehículo a toda velocidad en dirección al Puente del Común; en ese momento nos percatamos de que dos motocicletas, cada una con dos riguelianos a bordo venían siguiéndonos y estaban a punto de sobrepasarnos; entonces, Kasak frenó en seco, el campero se desplazó hacia la izquierda y golpeó de lado a una de las motocicletas que se precipitó, con sus dos ocupantes, al mal oliente Río Bogotá, justo antes de cruzar el puente. En una fracción de segundo Kasak alcanzó a dirigir el rayo verde para neutralizarlos antes de que sus cuerpos tocaran el agua. Ante la maniobra la otra motocicleta nos sobrepasó, alcanzó a cruzar el puente y entonces fue ahora el campero el que los siguió hasta alcanzarlos a la altura de Cajicá, Kasak maniobrando el volante para esquivar las balas del parrillero, dos de las cuales hicieron impacto en el parabrisas, pudo apuntarle a los dos hombres y disparar sendos rayos verdes. Finalmente el camino hacia Tabio estaba despejado.

Ladera oriental de la Peña de Juaica Tabio, noche del 2 de febrero de 1991

Relato de Lorena Montes:

La noche era cerrada pero el cielo estaba despejado, lucía plétórico de estrellas y luceros que parecían danzar en la oscuridad. Al traspasar el grueso portón de caoba que daba acceso al interior de la cabaña, Kasak oprimió un interruptor para iluminar una acogedora sala con cuatro poltronas, tapizadas en cuero, en torno a una alfombra de lana virgen en cuyo centro había una mesa redonda de madera labrada, adornada por un solitario de cristal que lucía una orquídea fresca de color violeta.

Kasak me pidió tomar asiento en una de las poltronas, me indicó que cerrase los ojos e iniciara la serie de ejercicios respiratorios que tiempo atrás me había enseñado Idanadi cuando comenzó su instrucción para la comunicación telepática.

En un estado de completa relajación, mi mente comenzó a escuchar la voz de Kasak, que en tono monocorde me decía:

— Tu nombre cósmico es Anayana, tu origen es pleyadino y a partir de este momento tendrás conciencia de tu verdadero ser trascendente. A continuación tu espíritu viajará en el tiempo y en el espacio hasta el lugar y las circunstancias en que tú y Rakar, que es tu complemento masculino, fueron aceptados por el Supremo Consejo Intergaláctico como una de las parejas que formarían parte, en representación de las Pléyades, de la Operación Capicúa .

Con la nitidez y la tridimensionalidad de un sueño, consciente de mi verdadera identidad, me vi a mi misma al lado de Rakar en medio de un grupo, que con nosotros completaba ciento noventa y una parejas, conformadas por pleyadinos, kordelianos, orphirianos, damarkinos y representantes de otras razas anatómica y fisiológicamente similares a los pobladores de la Tierra. Todos cómodamente instalados en sillas reclinables en una especie de foro, al frente del cual había un podio desde donde se dirigía al grupo el gran Maestro Rondek, presidente del Consejo Supremo, para darnos la bienvenida y felicitarnos por haber sido escogidos entre más de diez mil parejas de voluntarios que se habían ofrecido para participar en la Operación Capicúa. A continuación, el Maestro Rondek nos explicó lo que en ese momento estaba ocurriendo en el Planeta Azul: un rudimentario aparato sobrevolaba una ciudad. De repente, de su vientre fue arrojado un objeto cilíndrico que hizo impacto en el centro de la ciudad levantando una enorme nube que cubrió por completo la pantalla.

Kasak deja a Lorena sumida en profunda relajación y sale nuevamente de la cabaña para recoger la valija de la periodista y un maletín mediano de cuero crudo; regresa al poco rato, ingresa al cuarto principal, abre el maletín y saca algunas ropas masculinas, una cédula de ciudadanía colombiana, un pasaporte a nombre de Alfredo Muñoz Acosta, consultor empresarial, nacido en Bogotá el 21 de junio de 1948. Las fotografías de ambos documentos muestran el rostro de un hombre de edad mediana, tez blanca, ojos azules y cabello castaño oscuro. Es Alfredo, el enigmático y respetuoso chofer y guardaespaldas de Lorena durante los últimos años. Tras revisar los documentos, el joven Indio comienza a desempacar los equipajes para acomodarlos en un sólido mueble de madera frente a una cama matrimonial, que junto con las respectivas mesitas de noche y dos mecedoras de mimbre constituían el sobrio pero agradable ambiente de la alcoba. En la sala, entretanto, Lorena continúa en estado de trance

— Lo logramos Anayana — dice en voz baja Kasak, sale al frío de la noche, se para de frente a la Peña de Juaica oprime el botón que activa el rayo violeta y es tele transportado al laboratorio Intraterreno, en el interior de la mole de piedra.

Allí le reciben Rondek, Rakar e Idanadi, completamente restablecida de dos impactos de bala que no lograron quitarle la vida.

— Por nuestra parte — dice el maestro Rondek dirigiéndose al trío —, la tercera fase de la operación capicúa se concluyó exitosamente: los encuentros entre las parejas elegidas, tendrán lugar esta noche; los riguelianos fueron diezmados y en la prisión intergaláctica tenemos a buen recaudo a la mayoría de los soldados de Dimag, quien por ahora, tardará muchos años en recuperarse; no veo porqué los niños y niñas que sean engendrados entre hoy y el 2 de febrero, no puedan nacer en la fecha prevista; y creo que en la fase de crianza no tendremos mayores interferencias. Felicitaciones a todos. Pueden regresar a sus lugares de trabajo.

Rakar es teletransportado al interior de su habitación de la cabaña; en la sala, Anayana permanece aletargada, en trance. El comandante, rápidamente se despoja de su uniforme, envuelve su cuerpo desnudo en una bata de seda blanca; empuja la puerta y se para frente a la joven que en ese momento abre los ojos, lo mira con ternura, se pone de pie y avanza hacia él para besarlos en los labios y fundirse en un estrecho abrazo; sin pronunciar palabra, Rakar la levanta en sus brazos e ingresa con ella, la deposita con delicadeza sobre la cama, la besa con ternura en la frente, da media vuelta y, mientras una sonrisa de felicidad ilumina su rostro, cierra la pesada puerta.